

IV.

**En donde se prueba que el hombre nunca
es dueño de su destino.**

Esther era demasiado orgullosa para adelantar ó retroceder un paso. ¿Escribir? Se burlaría de su carta, aunque fuese escrita con todo su corazón. Todavía esperaba que la escribiera él. Pero esperó inútilmente.

No vivían los dos en el mismo círculo. Aunque M. de La Marche era siempre un hombre á la moda, había tomado cierto carácter de *Misántropo*, después de haber estudiado los hombres y los libros. Entonces más que nunca se refugiaba en su biblioteca. Si algunas veces iba al Teatro Francés, era cuando no trabajaba Esther. Viajaba mucho. Amigo de Morny, había fundado varias empresas de importancia, tanto financieras como industriales. No le gustaba el dinero por ser dinero, pero sí para gastarlo. No es que tuviera derroches de hijo pródigo; pero llevaba una gran vida, y era generoso para los

que le rodeaban, más todavía que para sus pasiones.

Esther arregló una comida en casa de una de sus amigas, á la que su antiguo amante visitaba de cuando en cuando. Este aceptó, sin conocer el juego.

Cuando la Comedianta entró, estaban todos sentados á la mesa, pues no se la esperaba. La dueña de la casa dijo entonces á M. de La Marche:

—Es V. demasiado galante para no hacer sitio á una mujer.

En cuanto Esther estuvo sentada á su lado, le miró con aire victorioso.

—No dudará V., caballero (le dijo graciosamente), que todo esto ha sido preparado, sin exceptuar mi entrada en el comedor cuando todos estaban á la mesa.

—Con V., señora, hay que esperarlo todo: hasta una mala acción. Me habían colocado junto á una mujer muy amable. Si le prestara á V. atención, no tendría tiempo de decirle una palabra. Pero no la escucharé á V.

—¡Y bien, caballero! (respondió Esther acariciándole la rodilla): vuélvase V. para esa señora.

Era imposible defenderse. Aquel contacto le había electrizado. Ninguna mujer en el mundo ha tenido el flúido magnético que la gran Comedianta.

Hablaron. M. de La Marche, á quien agrada-

ban los vinos generosos, se animó con ellos, y concluyó por repetirle la proposición que ya conocemos.

—Pasaremos juntos ocho días, sin contar los en que V. represente. Ya ve V. que hago una concesión.

—¡Oh! Ya es demasiado (dijo Esther separando su rodilla): es V. excesivamente testarudo. Continúa V. tratándome como á una cualquiera. ¡Hemos concluído!

—¡Veamos! No se incomode V.: si la hablo á V. así, es porque no quiero ser el juguete de un capricho. Cuando hubiera mordido la fruta, me la arrancarí V. de las manos.

—Comprenderá V. perfectamente, mi querido amigo, que no he de humillarme hasta el extremo de firmar una escritura que arrojaría á los piés de V. mi corazón.

—Ni yo tampoco.

—Puede V. continuar dirigiéndose á su vecina.

El encanto estaba roto. Esther ocultó su despecho y su pena; se puso á coquetear, á embromar, á lucir todas las galas de su ingenio, á seducir, á encantar á todo el mundo. Nunca se la había visto tan alegre, tan loca, tan encantadora. Tenía entonces treinta y cuatro años; pero algunas noches, cuando la vida brillaba en ella, cuando quería ser joven, parecía no tener más

que veinticuatro : de tal manera deslumbraba á todos con las mil seducciones de la mujer.

M. de La Marche concluyó por confesarse que los misántropos como él, que quieren echárselas de prudentes cuando habla el corazón, hacen un mal papel hasta para ellos mismos. Bastante es hacer uno el papel de hombre grave, cuando ya no se puede hacer ningún otro.

Hubiera querido recoger sus palabras; pero Esther no se volvió á ocupar de él.

Al levantarse de la mesa, tomó el brazo de su otro vecino.

Cuando se sirvió el café, M. de La Marche se aproximó á ella, bajo el pretexto de que estaba sirviendo Kummel á sus amigos.

—Señorita (le dijo) : ¿querría V. servirme Kummel?

—Caballero : como V. nunca está contento, prefiero entregarle la botella : tendría demasiado miedo de servir á V. mal.

M. de La Marche hubiera roto de buena gana la botella. Como suele suceder en las cosas de este mundo, era él ya quien entonces se estaba encadenando. Lo deseaba ; ¿pero cómo volver á encontrar la ocasión, ese pájaro raro que dos veces había dejado escapar?

Permaneció allí hasta la media noche, esperando siempre que le hablara de nuevo. Se mezcló en todas las conversaciones en que Esther

tomaba parte. Pero ésta, ni le dirigió la palabra, ni le arrojó su pañuelo.

Partió cinco minutos después que ella. Pasó por un casino en donde le esperaban ; pero Esther se había apoderado tan profundamente de él, que prefirió irse á su casa, pensando que le serviría de consuelo leer las últimas cartas escritas por ella en tiempo de sus amores. Esto era clavarse más profundamente el puñal en el corazón.

Pero el amor es el verdugo de sí mismo.

Cuando estaba ausente el ayuda de cámara, era la doncella quien le esperaba, para que encontrara, á su llegada, su correspondencia, un buen fuego y una taza de te. Se había vuelto metódico.

La doncella parecía inquieta al abrirle la puerta.

—No esperaba al señorito tan temprano,—le dijo.

—¿Por qué?

—Porque el señorito nunca viene antes de las dos.

—Enciende las bujías del candelabro.

—El señorito se pondrá sin duda á leer; pero mejor haría en acostarse, pues está muy pálido.

—Es que me ha sentado mal la comida : en casa de las mujeres siempre se come mal.

M. de La Marche pensó abrir su biblioteca

para tomar las cartas de Esther entre los libros más raros, donde las conservaba. Muchas veces había leído aquellas cartas; pero desde hacía tres ó cuatro años no las había hojeado. Renunció, sin embargo, á su idea, dejándolo para el día siguiente.

—En vez de leer sus cartas (pensó), haría mucho mejor en escribirle.

Y á renglón seguido tomó la pluma.

Pero como todos los enamorados tienen la cabeza como Dios quiere, no sabía qué decir, por más que mil ideas cruzaban y se desvanecían en su imaginación. Era el duelo de la razón y de la locura. Cuando hubo escrito: «Mi querida Esther,» tachó estas palabras para poner «Señora;» después borró esta á su vez para escribir: «Mi bella amiga.»

Entonces se apercibió de que se había convertido en un colegial; se levantó, se paseó por la habitación, y concluyó por encender una bujía y pasar á su alcoba.

Y tuvo razón en no pasarse la noche escribiendo; porque al aproximarse al lecho, vió en él una mujer castamente dormida, comó si estuviera en su propia casa.

M. de La Marche se figuró que soñaba.

Le costó trabajo reconocer á Esther; tan ajeno estaba de encontrarla allí.

V.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROSTO"
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Recomiendo el mundo.

Esta vez no dictó condiciones M. de La Marche. Borraron los doce ó trece años que habían estado separados; vivieron el uno para el otro sin contar los días, tan jóvenes de corazón como á los veinte años, como si el sacramento del matrimonio los hubiera unido con su lazo.

Esther tenía el sentimiento del bien, así como el sentimiento de lo bueno; no se burlaba nunca de las cosas consagradas por las leyes religiosas ó por las sociales. Había saltado más de una vez por encima del qué dirán, y no pocas por encima de sus deberes, sin hacer nunca alarde, como hacen los espíritus fuertes.

Cuando encontró de nuevo el amor de su primer amante, le pareció que, por un milagro del cielo, escapaba á las tempestades y ganaba al fin la orilla.

Una serenidad más dulce brilló en su rostro. El sentimiento de la coquetería se desvaneció bajo un no sé qué de tierno y pensativo. Ade-